

vedas, la puerta de San Roman, la mas monumental y la mas adornada de todas, que los turcos llaman hoy la puerta del Cañon, en memoria del cañon gigantesco de *Orban* que tiró contra sus torres, y por último, la puerta de Oro, por donde pasaban los ejércitos, y cuyos bajos relieves y estatuas de bronce dorado, cambiaban en un arco de triunfo. Bajo esa bóveda pasaron Narses, vencedor de los godos, Heraclio, campeón del imperio enervado ya contra los persas, Juan Zimisces y Nicéforo Focas, triunfador de los sarracenos, y Basilio II conquistador de la Bulgaria.

Desde aquel último triunfo esa puerta se hallaba tapiada como si la victoria hubiese abandonado para siempre al imperio. Una profecía popular anunciaba que los cristianos latinos pasarían por aquel arco para entrar en Constantinopla. Esa puerta de mal agüero inspira aun á los turcos de nuestro tiempo los mismos temores que inspiraba ántes á los griegos, y continua tapiada todavía.

Mil rumores nacidos del temor, de la ociosidad y de la supersticion de los claustros, intimidaban ó tranquilizaban alternativamente á los griegos de Constantinopla, juguetes en todo tiempo de su imaginacion vana y quimérica. Los unos decían que los turcos penetrarían en la ciudad hasta la plaza del Toro, llamada así de un grupo de bronce que habia en ella,

pero que llegados allí, los griegos recobrando ánimo y volviendo contra sus vencedores, volverían á conquistar el imperio con su capital; otros anunciaban que se habían hallado en el monasterio de S. Jorge, cerca de la Acrópolis, unas tablillas milagrosas que contenían una lista muy larga de los nombres de los emperadores, pero que después del nombre de Constantino la tablilla estaba rota, y que la ausencia de nombres mas abajo significaba el fin del imperio; por último, otros contaban que Huniade, el héroe de los húngaros, se encontró con un viejo en la noche que precedió á la batalla de Varna, como Bruto en Filippos, y que este anciano profético le habia dicho: « No se salvarán los cristianos mientras los otomanos « no hayan esterminado á los griegos cismáticos. »

XXII

Mientras pesaban tan siniestros presentimientos sobre el alma afeminada de los bizantinos, otros presentimientos muy distintos inflamaban el corazón hinchado de promesas de los soldados de Mahomet II, por el Coran, que es la única profecía que ellos ad-

miten. « ¿Conoceis, dice el Coran, esa ciudad que
 « mira por dos partes al mar y por otra á la tierra?
 « Pues caerá, no por la fuerza de las máquinas de
 « guerra, sino por la omnipotencia de estas palabras:
 « ¡No hay mas Dios que Dios, y solo Dios es grande!
 « El mayor de los príncipes, añadía el Coran, es el
 « que lleve á cabo esa conquista, y el mayor de todos
 « los ejércitos será su ejército. »

Las tropas otomanas alentadas por estos vaticinios y por el espectáculo de aquella multitud de tiendas que cubrian las colinas y la llanura de Tracia, desde la playa del Propóntide hasta la embocadura del mar Negro, como una circunvalacion viva, tenian fe al mismo tiempo en el milagro y en la fuerza numérica. Sin embargo, la buena situacion de los lugares, la profundidad de los fosos, la elevacion de las murallas, el cerco que formaban las olas, la fama de inexpugnable que tenia la ciudad, y hasta la historia de los muchos sitios, todos infructuosos que habia sufrido Constantinopla, no dejaban de inspirar alguna inquietud á Mahomet y á sus generales. Veinte y nueve veces desde su fundacion, Constantinopla habia visto á sus enemigos al pié de sus murallas. Pausanias, Alcibiades y Leon general de Felipe de Macedonia; los emperadores romanos Severo, Máximo y Constantino, Chosroes rey de los persas; Ba-

yan, el jefe de los ávaros; Crume, el César de los eslavos; Ascoldo, el Timur de los rusos, los árabes y los búlgaros, Dandolo, el general de la confederacion de los cristianos latinos cruzados contra los griegos lo mismo que contra los kalifas, Miguel Paleólogo y Commene, en las guerras intestinas por el trono, y por último, Bajazet Ilderim y Amurat II el padre de Mahomet, habian probado ya la fuerza de sus murallas. En veinte y uno de estos veinte y nueve sitios habia salido triunfante Constantinopla. Los socorros del occidente cristiano podian llegarla por dos mares, y temiendo esto, Mahomet II volvia sin cesar sus ojos hácia la mar, esperando ver que desemboocaban por los Dardanelos nubes de velas cristianas infundiendo el valor y llevando las armas de la Europa á ese campo de batalla de la cristiandad. Bajo este supuesto habia mandado á su flota, que pasara de Galípoli al Bósforo de Tracia para ponerla al abrigo del cañon del castillo que acababa de construir, donde á beneficio de una honda rada del Bósforo, encajonada entre altas rocas fortificadas, podia permanecer encerrada hasta el dia en que fuera conveniente que surcara los mares. Las maderas y los aparejos que se podian traer por el mar Negro, le permitieron elevar al número de quinientas galeras pequeñas el total de buques de su flota.

Las radas de Balta-Liman y de Beschiktasch, hoy ensenadas apenas suficientes para las barcas de cabotage, y que reflejan en sus olas los palacios de verano de los sultanes, se habian vuelto sus dos arsenales de construcciones navales. Poco seguro de la experiencia y del valor de los otomanos sobre la mar, no queria que se aventurasen sus buques en las anchas aguas del Propóntide, donde las maniobras de los cristianos darian demasiada superioridad á sus buques; únicamente se proponía impedirles que entraran en el Cuerno de Oro, y queria oponer á sus embarcaciones un muro flotante de galeras apoyado por un lado sobre la costa de Scutari, y por el otro sobre la punta del serrallo ó de la Acrópolis.

XXIII

Pero hasta entónces eran infundados esos temores. Las potencias cristianas, excepto algunos generosos aventureros de guerra, sin otra religion que el honor de sus armas, se regocijaban con la próxima caída de la capital del cisma griego, justamente expiado, según los latinos, por las armas de los turcos. Un en-

viado de Huniade, envejecido y cansado, llevaba en aquel momento á Mahomet II, un tratado que se debia firmar entre los otomanos y los húngaros. Este enviado húngaro negociaba en las tiendas del sultan, sin interesarse por los griegos, al contrario, hablaba altamente de sus deseos de que cayera pronto su ciudad, asistía á los consejos de guerra de Mahomet, buscaba con él los puntos mas débiles de la defensa, y hasta indicaba á los turcos el sitio en donde el cañon de Andrinópolis abriría la brecha mas ancha para los genizaros del sultan. Todos hacian traicion á Constantinopla, aun aquellos que fueron en otro tiempo sus hermanos de armas. « Un húngaro, dice « la historia, habia fundido los cañones, y un húngaro enseñó á los turcos á manejarlos. »

La ciudad poblada de trescientas mil almas, no suministraba al emperador mas que un corto número de verdaderos soldados. El gran maestre de ceremonias, aquel Franzes, que llevaba el registro en el palacio de su desgraciado amo Constantino, cuenta únicamente sobre las armas cinco mil griegos, y cinco ó seis mil extranjeros auxiliares, que el protostator Justiniani, noble genovés, habia reclutado para el emperador y organizado para la defensa de la capital. A esto debemos añadir un puñado de espartanos y de albaneses, llamados de Morea y del Epiro por Cons-

tantino, su antiguo general, para que suplieran con su intrepidez la inercia de su pueblo. La córte servil de los emperadores, lo enervado de la nobleza, lo afeminado del clero, el encarnizamiento de las facciones que prescinden de todo patriotismo, el número incalculable de religiosos y religiosas, que agotaba la poblacion en su fuente, el espíritu del cláustro que solo ocupaba el alma de los habitantes de pasiones teológicas, las supersticiones que de los cláustros se habian esparcido entre las masas del pueblo, y que le hacian esperar su salvacion de la intervencion de la Virgen milagrosa de la Acrópolis, mucho mas que de los esfuerzos de su emperador, habian diezclado las fuerzas de Constantino que iba á combatir en favor de un pueblo que no combatia ya por sí mismo. Se oia á los frailes predicar abiertamente al pueblo que en último resultado el yugo de los turcos era preferible á la amistad y al socorro de los latinos, y que entre unos y otros infieles mas valian los secuaces de Mahoma, que los del Sumo Pontífice.

El primero de los griegos despues del emperador, el gran almirante Notaras, exclamaba, lisonjeando al partido de los frailes, « que preferia ver en Constantinopla el turbante de los turcos, ántes que un capelo de cardenal. »

Los sacerdotes griegos negaban los sacramentos á los que se inclinaban hácia una reconciliacion entre ambas iglesias, y las religiosas no querian confesarse con aquellos sacerdotes que habian entrado en pactos con el cardenal Isidoro. El fraile Gennadius incendiaba los ánimos con sus sermones y libelos contra los latinos que habian acudido á defender á otros cristianos contra los musulmanes. Se veian mujeres que salian de sus conventos vestidas de antemano con el traje de las mujeres turcas, para atestiguar á los ojos con aquel disfraz, que la religion del profeta era ménos abominable á su entender, que los ritos del culto romano.

De este modo la teología, primera y última pasion de aquel bajo-imperio, despojaba de toda fuerza y unidad al patriotismo. Constantino, para los cláustros de Constantinopla, no era el salvador de su pueblo sino el cobarde aliado de los cismáticos; la Iglesia habia matado á la patria.

XXIV

Los trabajos preparatorios del ataque contra la ciudad, se completaron por la reunion de cuatro-

cientos mil otomanos, el viernes 6 de abril, despues de la Pascua de los griegos. Mahomet II acercó su tienda á las murallas, y se abrigó detrás de una rinconada de colina en frente de la puerta Caligaria, á igual distancia de las Siete Torres y del Syndacus, las dos extremidades fortificadas de los muros de Constantinopla por el lado del continente.

Guiado por los consejos del húngaro, enviado de Huniade, el sultan mandó que adelantaran el cañon de Andrinópolis y algunas otras piezas de un calibre casi igual sobre una cuesta en frente de la puerta San Roman. Diez y ocho baterías de ménos fuerza, quedaron tambien establecidas por sus ingenieros húngaros de distancia en distancia, sobre la línea continua de las murallas, desde las colinas de Gálata hasta el Propóntide.

El 7 de abril al rayar el alba rompieron el fuego todos aquellos volcanes, y las murallas contestaron con un fuego que contuvo á los sitiadores á cierta distancia. La nube de humo que el viento de la mar impelia hácia abajo sobre las murallas y el campo, impidió juzgar los destrozos del cañon en las tiendas de los otomanos ó en las almenas y las murallas de los griegos.

Mahomet II, impaciente por abrir una brecha á su ejército, se quedó muy sorprendido al otro dia de las

pocas piedras que sus balas habian arrancado de aquellas murallas, y mandando llamar al húngaro de Huniade, le preguntó el secreto de la impotencia de sus baterías. El cristiano le dijo que las balas que pegaban sin cesar sobre el mismo punto de un bastion, solo hacian una abertura que no determinaba el derrumbamiento de un trozo de muralla, y que el secreto de la demolicion de las fortificaciones consistia en quebrantar primeramente practicando una ancha circunferencia todo el trozo de murallon que se queria derruir, y en tirar despues al centro de esa circunferencia desmantelada ya, algunas balas de grueso calibre que provocaban el hundimiento de todo el revestimiento de una muralla.

Los artilleros recibieron la órden de seguir esta táctica, y cuando hubieron practicado un círculo de balazos, disparados uno tras de otro, en torno de la fortificacion de la Puerta San Roman, cargaron el cañon de Orban con quinientas libras de pólvora. Su bala, como un trozo de roca lanzado de un cráter de fuego, hizo temblar la tierra, aun debajo de las murallas. Caras enteras de torres y de bastiones se hundieron en el foso; pero Constantino en pié, ora sobre la brecha, ora detrás de las murallas con su intrépido auxiliar Justiniani, ayudaba á tapar la brecha haciendo rodar con sus propias manos toneles

llenos de tierra y de piedras, que había mandando preparar detrás del segundo recinto para reemplazar el muro con una escarpa.

Durante diez días Mahomet conteniendo á sus soldados detrás de las desigualdades del terreno, y limiándose á descubrir las troneras de sus baterías, vió como se desmoronaban con los tiros del cañon de Orban las torres, los muros y las puertas de Constantinopla. Dos horas de descanso, y toneles enteros de aceite suministrados por los genoveses de Gálata, bastaban apenas para enfriar el bronce calcinado por aquella masa de pólvora, para que pudiera resistir una nueva carga. En todo un día no podía hacer mas que ocho disparos, pero cada cañonazo abría como un terremoto las murallas.

A los diez días, minada la pieza por el torrente de fuego que despedía, reventó, y lanzó los miembros mutilados de su inventor Orban por encima de las murallas de la ciudad hasta la plaza del Hipódromo, y aun hasta el puerto del Cuerno de Oro. El fundador fué víctima de su propia obra. Mahomet desarmado con aquel trueno, pero con veinte brechas bien claras delante de sí, mandó que pasaran por debajo de los fosos cuadrillas de mineros de Tokat y de Siwas, muy diestros en esas excavaciones subterráneas, para que abrieran debajo del agua y de los cimientos unas

galerías sostenidas por pilares de madera, cuyo incendio provocaría el hundimiento de las murallas. Al mismo tiempo mandó construir una porcion de aquellas torres portátiles que marchaban á beneficio de ruedas macizas, con almenas, y provistas de garfios de hierro y de tablones, para acercarse á las fortificaciones, apoderarse de las almenas, arrojar puentes sobre los fosos, y combatir cuerpo á cuerpo contra los defensores sobre sus plata-formas. Esas torres, forradas de cuero que mojaban con agua sin cesar para apagar el fuego de los sitiadores que prendía en ellas, contenian algunos centenares de genizaros, invisibles para el enemigo.

XXV

La aparicion de algunas velas cristianas de Rodas, de la Italia, de los venecianos y de los genoveses sobre el Propóntide, retardó algunos días los preparativos del asalto. Esas velas que estaban reducidas á catorce, vano simulacro del interés que tomaba la Europa en la contienda, introdujeron sin embargo el terror en el campo de los turcos, mientras inun-

daban de esperanza el alma de Constantino. Su propia flota encerrada detrás de la cadena extendida en el Cuerno de Oro de un promontorio á otro, no se atrevía á salir para bogar al encuentro de la flota cristiana, porque temia abrir el puerto á los buques de Mahomet II que estaban cerca.

El sultan mandó á su almirante Balta-Oghli, que se destacara con ciento cincuenta de sus buques de la rada de Balta-Liman, y que disputara la entrada del estrecho á la escuadra de los cristianos. Balta-Oghli obedeció temblando á la orden de su soberano, y sus ciento cincuenta galeras se colocaron sobre la punta del serrallo y Scutari delante de los catorce buques de los confederados. Aquella muralla de madera, de remos y de velas no intimidó un instante á los dueños de la mar, que se cubrieron de velas y cayeron como una nube del cielo sobre la línea flotante de los otomanos. Entónces salía el sol, el cielo estaba puro, reinaba un viento ligero, las oleadas eran suaves, y la corriente que precipitaba las aguas del Propóntide por la mañana en el Cuerno de Oro, pegaba contra los cimientos de las Siete Torres y de la Acrópolis. El emperador de Constantinopla, sus soldados, su pueblo, estaban de pié sobre las azoteas que dominan el Propóntide como en las gradas de un anfiteatro náutico, haciendo señales y echando ben-

diciones á los buques cristianos. Mahomet tambien habia subido y vuelto á bajar á caballo el grupo de colinas de Gálata que separaba su campo de su flota y asistia á caballo sobre la playa de Tophana, al triunfo seguro de su almirante. El combate no debia tardar en engañar á la fuerza numérica. Los capitanes de los catorce buques cristianos abordaron proa con proa á toda aquella nube de galeras que dominaban de toda la altura de sus cubiertas. Las balas, las piedras y el fuego grequiseo llovian de aquellas fortalezas flotantes sobre las galeras chatas de los turcos; el peso de los buques, el de la corriente que los aplastaba como conchas marinas bajo las quillas robustas de los buques de Venecia, por último la superioridad de las maniobras y el valor de aquellos héroes de la mar, que movian sus timones y sus velas como los turcos guiaban á sus alazanes, sembraron en pocos instantes la muerte, el desorden, y la fuga en las ciento cincuenta galeras de Mahomet II, que ardiendo en deseos de tocar la orilla dejaron cubiertas con sus restos las dos márgenes del Asia y de la Europa.

El sultan que con los ojos y el corazon tomaba parte en aquel combate, ya que no podia tomarla con su brazo, olvida al ver aquello el elemento que le separaba de sus combatientes, y lanzando su caba-

llo hasta el pecho dentro de la mar, seguido de sus oficiales que no se atreven á contenerle ni á dejarle solo, saca su sable contra un buque veneciano que combatía á pocas oleadas de distancia en la embocadura del Bósforo. Su aspecto, sus gritos y ademanes logran reunir un momento sus galeras, pero un segundo abordaje las desune, los griegos rompen la cadena de hierro que cierra el Cuerno de Oro, la flota cristiana se mete á velas desplegadas á los gritos de triunfo de los soldados de Constantino, la cadena se vuelve á cerrar sobre ellos, y el sultan humillado se encamina otra vez á sus tiendas maldiciendo la inesperienza ó la cobardía de su marina. Su almirante Balta-Oghli, que llevan aquella misma tarde ante su presencia, y que cuatro esclavos tienden á sus piés como un malhechor sujeto de piés y manos, recibe de la propia mano del sultan cien golpes de su maza de armas que le cubren de contusiones y de sangre, debiendo solo un resto de vida á la mediacion de los genizaros que exclaman: « *Está escrito, Allah ha dado la mar á los infieles y la tierra á los otomanos; ¿quién es aquel que puede elevarse contra la distribucion de los dones de Allah?* »

XXVI

Mahomet II convencido de que el bloqueo completo por mar y por tierra, era la condicion de la conquista, quiso bloquear hasta á los elementos. Gracias á los muchos miles de leñadores búlgaros y de mineros armenios que seguian al ejército, mandó nivelar y entablar en algunas semanas un camino para sus galeras sobre las colinas y los valles que forman el cabo avanzado de la Europa á la entrada del Bósforo entre la ensenada de Beschiktasch y el Cuerno de Oro, cerrado por la cadena de los griegos. Al ejemplo de los espartanos en Pylos, de los cruzados en Cius y de los venecianos en el lago de Garda, una parte de su flota se deslizó á fuerza de cables por aquel camino nivelado y untado con manteca de buey, con las velas desplegadas é impelidas por un viento favorable, pasó del canal del Bósforo á la rada interior de Constantinopla y fondeó en las mismas aguas que la flota griega bajo el fuego de toda la artillería otomana que durante aquella travesía disparaba desde las alturas sobre los buques cristianos

para impedirles que alzaran el ancla. Doscientas galeras turcas, resto de la derrota naval de Balta Oghli, armadas con cañones y cubiertas con veinte mil arqueros, se establecieron de aquel modo frente á frente en el mismo puerto delante de los cuarenta buques griegos, genoveses, venecianos y rodianos, que estaban apostados en el fondo de la rada á la embocadura del Syndacus. Mahomet, no contento con aquel desafio lanzado á la flota cristiana, empleó al otro dia cien mil obreros de tierra en arrojar de una orilla á otra un puente ó una calzada bastante ancha para abrir un camino sólido á sus combatientes hasta las murallas de la ciudad bañadas por las aguas del puerto. Aquella calzada, armada de baterías que cubrian la obra á medida que se iba adelantando por la mar llegó en breve impunemente al pié de las murallas. Gracias á su anchura prodigiosa, era un verdadero campo de batalla por donde podian avanzar de frente cien infantes para dar el asalto á las torres y á los bastiones del puerto.

El intrépido y diestro Justiniani, aquel voluntario desesperado de la Europa cristiana que combatia con Constantino por Constantinopla, como si la honra de las armas hubiera sido su única patria, en vano intentó incendiar la flota otomana que fondeaba en el puerto. Vendido por los genoveses de Gálata que

aparentaban la neutralidad con el doble fin de salvar su ciudad y de vender á un tiempo sus servicios á los dos partidos, Justiniani al querer atacar por la noche á los buques otomanos encontró al ejército turco alerta y sobre las armas. Una bala de ciento cincuenta libras lanzada por un cañon de Orban, hizo zozobrar al buque que le llevaba, y doscientos voluntarios, lo mas selecto de la juventud de Italia, que combatia á las órdenes de aquel aventurero heróico, naufragaron con el buque despues del cañonazo. Justiniani cubierto con una armadura muy pesada, debió su salvacion á un pedazo de mástil que la corriente llevó flotando con él hasta el fondo del golfo donde le recogió una barca.

Los buques turcos animados por aquel triunfo, atravesaron la rada al abrigo de su calzada, y fueron á fondear, la proa contra la tierra bajo las murallas. A la vista de los griegos degollaron á los prisioneros que las olas habian arrojado en la noche, y Justiniani en represalias, almenó la cúspide de las fortificaciones con ciento cincuenta cabezas cortadas de otomanos cogidos en el combate naval del Propóntide. Mahomet mandó tirar de dia y de noche contra la ciudad desde las alturas de la colina de San Teodoro que domina Gálata, pero sus balas apenas rozaban las almenas; su artillería que gastaba el tiem-

po en hacer ruido y humo, no mató durante diez dias de cañoneo mas que á una mujer griega de Constantinopla célebre por su belleza, que atravesaba la plaza del Hipódromo, y que cayó al pié de la columna de las tres serpientes herida de un casco de piedra.

XXVII

Pero por el lado del continente las piezas colosales de Orban que batian hacia siete semanas las torres y bastiones de la puerta San Roman, habian logrado al fin abrir cuatro brechas sobre las ruinas de cuatro torres. En vano Constantino siempre presente detrás de los restos de sus murallas, levantaba durante la noche las piedras que durante el dia se desplomaban; aquellas escarpas de tierra, de madera, de fragmentos diversos mal ligados entre sí no podian reemplazar las altas murallas perpendiculares de Justiniano. Solo el foso, de doce codos de ancho y diez de hondo, protegia contra el asalto de doscientos mil hombres á los diez mil combatientes de Constantino en una extension de seis mil pasos.

La ciudad cercada por todas partes, agitada ahora con las facciones y la desesperacion mas que con el valor de los sitiados, murmuraba contra el héroe que, á pesar suyo, la daba nombre y brillo. Mahomet II sabia esto, y queriendo aprovecharse de la cobardía de los griegos contra el ánimo del emperador, mandó con mucha pompa al jóven Isfendiar-Beg, su yerno, hijo del príncipe de Transilvania ó de Sínope, para que propusiera al consejo del emperador varias condiciones que á los ojos de aquellos griegos envilecidos cubrian la servidumbre bajo el manto de la generosidad. Isfendiar introducido en la ciudad y en el palacio con los honores debidos á un parlamentario de su clase, pidió á Constantino ante el consejo compuesto del clero y del senado, en nombre de la salvacion de las mujeres, de los niños y de los ancianos, que entregara la capital y se entregara á sí mismo á la magnanimidad de Mahomet II, á cuyo precio el sultan le aseguraba la soberanía independiente del Peloponeso, y la vida y haciendas de los habitantes de Constantinopla que solo quedarían sujetos al tributo. La mayoría del consejo se inclinaba secretamente hácia esta capitulacion de un imperio. Isfendiar leia el favor y la complicidad tanto en los rostros como en las palabras de los griegos resignados. Justiniani y algunos extranjeros valerosos, mas patrio-

tas que los mismos griegos, eran los únicos que contenian al estóico emperador resuelto á enterrarse en la tumba de su pueblo. Constantino respondió á Isfendiar con una dignidad triste y mesurada. « Que
 « daria gracias á Dios si en efecto Mahomet al con-
 « cederle una paz segura y honrosa queria evitar á
 « la nacion las catástrofes que pesaban sobre ella; le
 « suplicó que recordara al sultan que Constantinopla
 « habia sido la desgracia de todos los príncipes o-
 « manos que la habian sitiado hasta entonces; que
 « ninguno de ellos, despues de esa violacion de los
 « derechos de una posesion antigua, habia vivido ó
 « reinado largo tiempo; que se hallaba pronto á dis-
 « cutir con el sultan las condiciones de príncipe á
 « príncipe y de pueblo á pueblo, aun las condiciones
 « de un tributo de guerra impuesto por el mas fuer-
 « te al mas débil, pero que ninguna fuerza humana,
 « ninguna ventaja personal le harian consentir nun-
 « ca en entregar al enemigo del nombre cristiano
 « un imperio y una capital, que á Dios, á su pueblo
 « y á sí mismo habia jurado no entregar mas que
 « con la vida. »

XXVIII

Estas nobles palabras demasiado altas para un pueblo que hacia mucho tiempo habia perdido el respeto de sí mismo, mal sonantes á los oidos de los griegos, y mal escuchadas por el impaciente Mahomet II que á toda costa queria Constantinopla, decidieron el asalto general por tierra y por mar para el 29 de mayo. El sultan le mandó proclamar por medio de heraldos en todo el campamento. Los dervis recorrieron las filas de las tropas, arengando á los musulmanes y prometiendo la victoria de Allah ó el martirio á sus combatientes en nombre del profeta.

« Era aquel, decian, el último paso del Islam en
 « Europa para barrer el último foco de la idolatría y
 « de la impiedad en dos continentes. Sus arcos y sus
 « sables eran los rayos de Allah, el Dios verdadero.
 « Los que venzan en su nombre poseerán la tierra;
 « los que caigan en su nombre poseerán las hurís y
 « las fuentes del paraiso. »

Los cuatrocientos mil combatientes disciplinados á las voluntades de Mahomet, se inflamaron con un

nuevo fanatismo, al oír las proclamas de los heraldos y las palabras de los dervis. En la noche que precedió al día del asalto, una iluminacion general alumbró de repente los campos de los otomanos desde las colinas del Bósforo de Asia y del Bósforo de Europa, hasta las colinas de San Teodosio y hasta el mar de Mármara. Cuatrocientas mil antorchas de pino resinoso y millares de hogueras ardieron toda la noche, enrojando el cielo y los tres mares como con un reflejo anticipado del incendio que amenazaba á Constantinopla.

La ciudad de Constantino iluminada por aquella terrible aurora de su último día, estuvo en vela, rezó y lloró toda la noche. Procesiones incesantes de sacerdotes, de frailes, de religiosas, de mujeres y de pueblo que cantaban con una voz interrumpida por los sollozos: « ¡ *Kyrie eleison!* Señor, levántate á defendernos, » recorrian todos los barrios de la ciudad, dirigiéndose á la Acrópolis para implorar allí á la Virgen milagrosa, á quien apelaba aquel pueblo enervado en vez de fiarse en su valor. Pegábanse golpes de pecho á los piés de su imágen, y confesaban sus pecados en alta voz para obtener su perdon; pero nadie confesaba su cobardía, ese crimen sin remision de un pueblo sin patriotismo.

La ciudad toda corria á los altares; solo el empera-

dor con sus escasos soldados corrian á las armas. Constantino que andaba siempre alerta para que se guardaran las murallas, miéntras sus habitantes abandonaban las puertas para precipitarse en los templos, encontró las brechas abandonadas á las sorpresas nocturnas del enemigo, y riñendo á los cobardes, los reemplazó sobre las murallas. Justiniani que le acompañaba por todas partes, reparó las puertas y las torres con sus restos derruidos por los cañonazos; en una noche abrió con sus soldados italianos un segundo foso en frente del primero, medio cegado ya por las demoliciones de las torres de la puerta San Roman, y como el gran almirante de los griegos, Notaras, le negara cañones para defender ese segundo foso, Justiniani injurió al gran almirante, que á su vez injurió tambien al general de los italianos. Constantino deplorando esa discusion fatal entre los últimos defensores de sus ruinas, se arrojó en medio de ellos, y con su elocuencia los obligó á reconciliarse ante el peligro.

Justiniani y ocho ó diez caballeros de Italia fueron los únicos que conservaron en aquella ciudad desesperada la sangre fria y el heroismo cuyo ejemplo daba en vano á su pueblo el emperador. « Constantino, exclamó repetidas veces Mahomet II al ver « como combatía y mandaba el aventurero genovés,

« es mas dichoso en su decadencia que yo en mi poderío; ¡ cuánto daria yo por tener un capitán como ese en mi imperio! »

XXIX

Constantino y Justiniani emplearon el resto de la noche en cubrir con sus últimos combatientes el pie de las murallas, la almenada cúspide de las torres y el declive de las brechas. Cada uno de esos puestos tenia bajo su mando general, un gefe especial responsable del trecho que defendian sus soldados. El cardenal ruso Isidoro tenia á su cargo la puerta del anfiteatro de los Lercos; Minotto, el enviado de Venecia, el recinto exterior del palacio de Blakernes; Lucas Notaras el gran almirante, las murallas que dan al puerto; Gabriel Trevisani, la de la Acrópolis que da al Cuerno de Oro; el florentino Juliani el palacio de las Siete Torres ó de Bucolion, y un solo oficial griego, Teófilo Paleólogo, tan célebre por sus escritos como por su valor, mandaba una de las divisiones del recinto contiguo á la puerta San Roman. Su hermano, Demetrio Paleólogo, de la familia im-

perial, se hallaba á la cabeza de una reserva movilizada y escogida para poder volar al socorro de los puntos forzados ó diezmados durante el asalto. El total de todos aquellos combatientes no pasaba de nueve mil hombres, entre los que habian alistado algunos miles de frailes mas aptos para la supersticion que para el servicio de las armas. La estatua de la Virgen Hodegetria, que ellos colocaron sobre el pedestal de una estatua caída de Minerva-Embasia, era á sus ojos, como á los del pueblo, alimentado de ideas sobrenaturales, el verdadero *palladium* de la patria. Constantino no era para ellos mas que un soldado que buscaba la salvacion de su pueblo en un valor inútil, y los verdaderos soldados de Constantinopla eran los santos y santas de sus claustros, protectores de la iglesia ortodoxa. Dominados por estos sentimientos predicaban al pueblo mil fábulas absurdas para quitarle todo interés en la causa de su salvacion propia.

« Los turcos, decian, forzarán mañana la puerta
« San Roman á pesar de los esfuerzos del emperador y de sus espartanos; penetrarán hasta la plaza del Hipódromo, el corazon de la capital; pero
« al llegar allí un ángel bajará de las nubes que entregará la espada de esterminio á un anciano sentado al pie de la columna, mandándole que arroje